

Jorge Iribarren Charlín y su contribución a los estudios del folclore en Chile. 1948-1972.

Karen Esther Donoso Fritz*

RESUMEN: Reconocido por sus múltiples hallazgos y exploraciones en las provincias de Coquimbo y Atacama, el eminente arqueólogo Jorge Iribarren Charlín –director durante dos décadas del Museo Arqueológico de La Serena (MALS)– incursionó también en una arista poco conocida hasta ahora de su labor intelectual: los estudios del folclore. El presente artículo, basado en cartas, manuscritos y documentos personales del autor conservados por el MALS, recorre sus publicaciones sobre la cultura campesina del valle del río Hurtado, su incorporación a la Asociación Folklórica Chilena y el intercambio que sostuvo con investigadores como Oreste Plath y Carlos Lavín, aspectos que demuestran su aporte a la configuración de un folclore chileno con perspectiva regional.

PALABRAS CLAVE: Jorge Iribarren, estudios del folclore, cultura campesina, valle del río Hurtado

ABSTRACT: Recognized for his numerous finds and explorations in the provinces of Coquimbo and Atacama, the eminent archaeologist Jorge Iribarren Charlín –for two decades director of the Archaeological Museum of La Serena (MALS)– also ventured into a so far little-known edge of his intellectual work: folklore studies. This article, based on letters, manuscripts and personal documents of the author preserved by the MALS, covers his publications on the peasant culture of the Hurtado river valley, his incorporation into the Chilean Folkloric Association and the exchange he held with researchers such as Oreste Plath and Carlos Lavín, aspects that demonstrate his contribution to the configuration of a Chilean folklore with a regional perspective.

KEYWORDS: Jorge Iribarren, folklore studies, rural culture, Hurtado river valley

* Estudiante de Doctorado en Historia en la Universidad de Santiago de Chile y becaria ANID. Se ha desarrollado como investigadora en temas de cultura popular, políticas culturales, cultura tradicional y folclore en Chile en el siglo xx. Autora del libro *Cultura y dictadura* (2019), Ediciones UAH.

Cómo citar este artículo (APA)

Donoso, K. (2020). *Jorge Iribarren Charlín y su contribución a los estudios del folclore en Chile. 1948-1972*. Bajo la Lupa, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural. <https://www.museoarqueologicolaserena.gob.cl/sitio/Contenido/Objeto-de-Coleccion-Digital/98060:Jorge-Iribarren-Charlin-y-su-contribucion-a-los-estudios-del-folclor-en-Chile-1948-1972>

A pie, a caballo, a veces en bongo o chalanas, vengo andando por todas las tierras, las serranías, los ríos de América. En autobús, he viajado desde Punta Arenas a Chicago prácticamente, por ambos lados, tanto por el Pacífico como por el Atlántico. Se ha recorrido así tres Américas por cuanto camino, medio fluvial es posible hacerlo.

—Jorge Iribarren (1977-1978, p. 11)

Introducción



Figura 1. Retrato de Jorge Iribarren Charlín, década de 1970. Museo Arqueológico de La Serena, Archivo Fotográfico, n.º inv. CH-F-00181.

Jorge Iribarren Charlín (1908-1977) (fig. 1) fue uno de los investigadores más influyentes de la arqueología y la etnohistoria en el país. Desde la Región de Coquimbo realizó aportes fundamentales al conocimiento de los pueblos originarios del territorio chileno en época precolombina, contribuyendo a la relevancia internacional del Museo Arqueológico de La Serena (MALS), que dirigió entre 1958 y 1977. Sus documentos, cuadernos de terreno, fotografías, cartas y libros forman parte de la biblioteca y archivo de dicha institución, lo que da cuenta de su larga trayectoria y de la diversidad de sus áreas de investigación, todas relativas a problemas de la cultura humana. Evidenciando su interés por el estudio del folclore y

la pasión con la que lo cultivó, su archivo documental incluye tanto correspondencia acerca de la materia con reconocidos investigadores nacionales y extranjeros como apuntes sobre costumbres y tradiciones tomados ya sea de otros archivos o de encuestas realizadas por él mismo. Analizando material de 1948 a 1972 perteneciente a dicho acervo, el presente artículo aborda la inmersión de Iribarren en la mencionada disciplina, intentado mostrar de qué manera la llevó a cabo y cuál fue su aporte al desarrollo de aquella.

Los escritos biográficos caracterizan a Iribarren como un eminente arqueólogo sin formación académica. En efecto, fue aprendiz entusiasta de Francisco Cornely y, pese a su origen santiaguino, investigó con pasión la cultura del valle del río Hurtado, donde se ubicaba la hacienda familiar en la que trabajó de joven. Sus colegas enfatizan que aquel arraigo territorial no fue impedimento para que recorriera el continente en misiones de estudio, viajes de exploración, congresos y seminarios, poniendo a la Región de Coquimbo y al MALS (Mostny, 1977; Hyslop, 1977-1978; Feliú Cruz, 1966; Ampuero, 2017) en el mapa continental.

El estudio del folclore antes de Iribarren

Pese a su corta vida, la Sociedad del Folklore Chileno (1910-1922) sentó las bases de la investigación sobre esta materia en el país. Atribuyéndole a la disciplina un carácter cientificista como rama de la etnología, el investigador Rodolfo Lenz –presidente de la entidad¹– difundió, al menos, dos ideas que quedaron consagradas en los estudios del folclore del siglo xx. Una de ellas apuntaba a la necesidad de un método de exploración y levantamiento de información sobre prácticas de la población analfabeta –distanciada, según Lenz, «de la modernidad y la vida culta»–, que, provenientes del pasado, serían eliminadas por el rápido avance de la tecnología; la otra se refería a la conveniencia de incorporar al objeto de estudio las expresiones orales (literatura, música, danza y creencias) y de vida material (utensilios, tejidos, vestuario, artesanía, entre otras) (Donoso y Tapia, 2017; Spencer, Contreras y Rammsy, 2019).

Se considera que entre 1940 y 1960 los estudios del folclore se revitalizaron, consolidándose las investigaciones y publicaciones relativas a la materia tanto en Chile como en el mundo (Dannemann, 1998). Las políticas culturales desplegadas por los gobiernos radicales y la creación del Museo de Arte Popular Americano (1943), del Instituto de Investigaciones del Folklore Musical (1944) de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile, del Instituto de Investigaciones Folklóricas de la Facultad de Filosofía de la misma casa de estudios y de la Sección Folklore de la Dirección General de Informaciones y Cultura (1942) dieron nuevos bríos a los investigadores, quienes, ahora desde espacios estatales, comenzaron a trabajar en

¹ Además de Lenz, entre sus participantes se cuentan Ricardo Latcham, Agustín Cannobio y Julio Vicuña Cifuentes.

terreno y a difundir sus indagaciones en la *Revista Musical Chilena* y en las Escuelas de Temporada (Cáceres, 2000; Pereira Salas, 1952; Pernet, 2004).

Con todo, escritos sobre la disciplina no identificaban hasta ahora a Iribarren como un agente en dicho campo, pese a que el también arqueólogo Gastón Castillo (1994) destacó la labor de recopilación que aquel realizó en la zona de Coquimbo. A su juicio, Iribarren fue pionero en el reconocimiento y visibilización de la cultura local, así como en el estudio de las comunidades rurales, trabajo que desarrolló mezclando diferentes metodologías: indagación en archivos locales, recolección de testimonios, anotaciones en terreno, fotografías, bosquejos y dibujos. Sus cuadernos de terreno –aún inéditos– muestran que «la etnohistoria y la vida cotidiana campesina siempre están presentes en sus notas de campo, a la par de los detalles de naturaleza arqueológica» (Castillo, 1994, pp. 130-131). A partir de lo anterior, se propone aquí que dicho interés permitió al arqueólogo participar y contribuir con una perspectiva regional en lo que se estaba construyendo en el plano nacional como «folclore chileno». En efecto, Iribarren aportó a este un repertorio de costumbres y prácticas locales, difundiéndolas a través de los mismos estilos monográfico-narrativos y enciclopédicos utilizados por otros estudiosos del folclore.

Para la elaboración de este artículo se utilizó una colección de documentos pertenecientes a la biblioteca del MALS, seleccionados por funcionarios de esta. El material incluye 47 cartas sobre el folclore –7 escritas por Iribarren y otras 40 enviadas a este por reconocidos investigadores como Oreste Plath, Carlos Lavín, Julio Viggiano y María Bichón, entre otros–. También se estudiaron manuscritos y notas mecanografiadas pertenecientes a los dos volúmenes empastados de *Apuntes de folklore*; su discurso de incorporación a la Asociación Folklorica Chilena (Iribarren, 1951?) y dos publicaciones dedicadas específicamente al folclore del valle del río Hurtado (Iribarren, 1966, 1972) pertenecientes a la biblioteca y a las colecciones digitales del MALS². Este corpus documental evidencia que sus manuscritos sobre folclore fueron desarrollados en paralelo con la publicación de sus hallazgos en revistas científicas de Chile y el extranjero, con sus estudios monográficos sobre la extensión continental de piezas e indumentaria precolombina, y con sus investigaciones arqueológicas en las provincias de Coquimbo y Atacama.

² Este artículo fue escrito en medio de la crisis sanitaria provocada por la pandemia del COVID-19, por lo cual se privilegió la consulta de documentos y bibliografía digitalizada.

Labor arqueológica

Aunque Jorge Iribarren estudió Medicina y Derecho en Santiago, sus exploraciones arqueológicas comenzaron en la hacienda El Bosque, ubicada en el valle del río Hurtado, provincia de Limarí. Según Gonzalo Ampuero (2017), Iribarren compatibilizaba su tiempo

entre viajes a Santiago, Argentina, Uruguay y Perú, participando de la política provincial, resultando un par de veces ser elegido como regidor de la comuna, por el Partido Liberal. Sus aficiones a la botánica y la arqueología se cristalizaron por esos años. (p. 151)

Realizó sus primeras indagaciones en los petroglifos hallados en distintos sectores del mencionado valle (Iribarren, 1947). Cerca del pueblo San Pedro Viejo investigó asimismo la denominada «Casa de Piedra», que identificó como refugio de pastores y cazadores en distintos momentos, señalando asimismo la posibilidad de que hubiese sido ocupada posteriormente por culturas agrícolas (Kelly, 2017).

Desarrolló trabajos en el MALS, donde colaboró con Francisco Cornely, a quien sucedió desde 1958 como director. A partir de entonces, llevó a cabo estudios en las zonas de Atacama y Coquimbo, en los valles de Huasco y del río Hurtado, en las áreas de Gualcuna-Piritas, Agua Amarga y Comunal de Punitaqui –comuna de Combarbalá– y en la hoya hidrográfica del río Limarí, abarcando también zonas culturales tanto hacia el sur como hacia el norte de la Región de Coquimbo (Iribarren, 1977-1978).

En 1967 y 1969 informó de exploraciones arqueológicas en sectores costeros de la provincia de Atacama, en las quebradas de La Arena y la Higuera, en el valle del Huasco y en yacimientos de la cultura El Molle en Las Pichanas y Agua Amarga, las que se sumaron a sus investigaciones anteriores en los sitios El Chañar y San Pedro (Iribarren, 1969, p. 467).

Según sus colegas, los aportes de Iribarren al estudio de las culturas precolombinas son invaluable, pues sus excavaciones en los yacimientos preagroalfareros –incluyendo el descubrimiento en la Zona de Guanaqueros de «los primeros anzuelos de concha, que con anterioridad habían sido hallados sólo en la 1ª y 2ª Región» (Mostny, 1977, p. 5)– ampliaron el marco temporal y geográfico hasta entonces conocido (fig. 2). Contribuyó así al estudio de los pueblos El Molle y Huentelauquén en los sitios de Pichidanguí, El Teniente y Cárcamo, y efectuó importantes hallazgos sobre la cultura diaguita, sumando información a la recopilada por Ricardo Latcham y Francisco Cornely

—quienes basaron sus trabajos en el análisis de la alfarería (Ampuero, 1977-1978, p. 112)—.

Sin embargo, su trabajo no se limitó al terreno ni al análisis de muestras obtenidas en las excavaciones. Iribarren recurrió constantemente a los archivos, cuestionando a partir de documentos encontrados en Tucumán y Catamarca la reconocida tesis de Ricardo Latcham sobre el origen trasandino de la cultura diaguita (Ampuero, 1977-1978, p. 114).

Hacia 1976, en suma, su currículum exhibía más de cien publicaciones académicas en distintos formatos. Por aire y por tierra, Iribarren exploró también el Camino del Inca, respecto del cual revisó asimismo relatos y actas coloniales. A partir de ello consignó la existencia de senderos laterales con mayor precisión que investigadores anteriores (Hyslop, 1977-1978), lo que llevó al arqueólogo norteamericano John Hyslop a destacar su erudición y perspectiva interdisciplinaria. Este último aspecto le permitió mantener fluidas relaciones con investigadores y académicos de la cultura provenientes de otras áreas, contexto en el cual se comprende su interés por el folclore, sus contactos con cultores de este y la contribución que efectuó a partir de su conocimiento de la región.

Vínculos epistolares

Hacia 1950 los estudios del folclore en Chile aún tenían patrocinio institucional. Como se ha mencionado, la Universidad de Chile se erigió como la entidad más importante en el desarrollo de los ámbitos literario y musical de la disciplina. Tanto en la Facultad de Filosofía y Humanidades como en la de Bellas Artes se promovieron misiones de investigación, se emprendieron proyectos de difusión (editoriales y discográficos), se realizaron charlas y conferencias, se asesoró a otras instituciones y se extendió la realización de clases teóricas y prácticas de folclore en distintos puntos del país a través de las Escuelas de Temporada (Cáceres, 2000). Sin embargo, esas políticas no se tradujeron en la formación universitaria de investigadores, por lo cual el fol-



Figura 2. Jorge Iribarren junto a otros miembros de la Sociedad Arqueológica de La Serena desarrollando investigaciones en la cuenca del río Choapa, 1955. Museo Arqueológico de La Serena, Archivo Fotográfico, Fondo Pioneros de la Arqueología, n.º inv. IVc_ARQ_1_3_FB_0005.

clore continuó estudiándose en Chile por profesionales ya fuera formados en el extranjero (principalmente en Europa) o provenientes de otras disciplinas.

Por su parte, la Sociedad del Folklore Chileno integró desde su fundación a escritores, médicos, filólogos, músicos, arqueólogos y estudiosos de las culturas originarias. Esta mezcla de perfiles profesionales se expresó también en la inexistencia de un sistema único de investigación y, a excepción de Manuel Dannemann –quien comenzó a publicar en la segunda mitad de la década de 1960–, ningún otro investigador local reflexionó sobre el problema del método científico³ (Donoso y Tapia, 2017) ni dio cuenta de un debate conceptual explícito –algo que sí se discutía en el extranjero–. Como aclara Teresa Ayala (2013), las publicaciones académicas de la época carecían de normas editoriales que obligaran a los autores a incluir marcos teóricos, conceptos o incluso fuentes documentales, por lo cual la exposición de los resultados de las investigaciones era subjetiva y dependía, más bien, de la formación disciplinaria de su autor, primando los ensayos o las crónicas.

Para conocer las ideas y metodologías del período –que no se alcanzan a visualizar en las publicaciones–, es necesario recurrir a los archivos, dentro de los cuales la correspondencia personal aparece como una fuente clave. Esta incluye, por ejemplo, una carta enviada a Iribarren por la Asociación Folklorica Chilena⁴ (8 de julio de 1953) –a la cual el autor se había unido

³ Quien sí lo hizo dentro de la región fue el musicólogo argentino Carlos Vega, quien visitó Chile en varias ocasiones ofreciendo conferencias e investigando en terreno. En 1944 publicó un escrito que atribuía al folclore el carácter de «ciencia», proponiendo que este debía defender un método y un objeto de estudio propios. Ampliamente difundida en América Latina, su teoría comprendía lo folclórico como una supervivencia: «es folklórico el hecho inferior, antiguo; lo es, definitivamente, el hecho eliminado por el grupo social superior; eliminado directamente por otro hecho más reciente o de más reciente adopción para el mismo objeto» (Vega, 1944, p. 27).

⁴ Hasta el momento es poco lo escrito sobre esta organización que se mantuvo activa, al menos, durante diez años. Pese a su indudable importancia para la difusión de los estudios del folclore y para la conexión entre sus expositores, aún falta por explorar para reconocer sus reales dimensiones. Resulta difícil, por ahora, atribuir a la Asociación Folklorica Chilena (AFCh) el carácter de red intelectual como «conjunto de personas ocupadas en la producción y difusión del conocimiento, que se comunican en razón de su actividad profesional, a lo largo de los años» (Devés, 2007, p. 30), pues para hacerlo se debe acreditar la relevancia de sus miembros en un campo cultural más amplio.

La asociación fue fundada en 1943 por Aureliano Oyarzún (1858-1947), a la sazón director del Museo Histórico Nacional, por lo cual funcionó en las oficinas de este, que publicaba un boletín y celebraba la Semana del Folklore cada agosto. En 1951, el programa de actividades contempló conferencias sobre expresiones artísticas o antiguos investigadores como Rodolfo Lenz (Bichón, 1 de agosto de 1951), ofrecidas por los exponentes nacionales más importantes del período (Oreste Plath, Alberto Ried, Antonio Acevedo Hernández y Carlos Isamitt, entre otros), además de intervenciones musicales de Margot Loyola y Estela Loyola, esta última bajo la dirección de la investigadora y compositora María Luisa Sepúlveda. Más allá de 1954 –fecha de una de las últimas cartas recibidas por Iribarren desde la AFCh– se desconoce la continuidad de la asociación.

en julio de 1953—, donde se le comunicaba el pago de cuotas y su número de asociado —el 64—, y se le indicaba que se esperaba su conferencia de incorporación en Santiago, obligatoria para todos los socios nuevos.

La correspondencia de Iribarren da cuenta también de su colaboración con reconocidos investigadores nacionales y de su papel como nexo entre estos y estudiosos extranjeros. Las cartas evidencian, por ejemplo, sus diálogos con el musicólogo argentino Julio Viggiano Esain (1899-1977) —especializado en el cancionero popular, la poesía tradicional y la música de la provincia de Córdoba— sobre instrumentos encontrados en exploraciones arqueológicas. Iribarren cooperó asimismo con el estudio de Viggiano sobre la expansión territorial del baile «el sombrero», derivando las consultas del investigador trasandino a expertos chilenos —según Gastón Castillo, Horacio Palacios habría colaborado con dicha pesquisa escribiendo una reseña detallada de los movimientos coreográficos de la mencionada danza—.

Uno de sus vínculos intelectuales más importantes fue, sin embargo, el que entabló con el compositor y musicólogo Carlos Lavín (1883-1962)⁵, con quien estableció, además, una estrecha amistad. Colaboró en su recopilación de prácticas culturales reconocidas como folclore chileno —culturas indígenas incluidas— desde el Norte Grande hasta el archipiélago de Chiloé, jugando un papel clave en los viajes de Lavín a Coquimbo.

Las misivas entre ambos muestran la complejidad de lo que el musicólogo denominó «misiones folklóricas», toda vez que la grabación de audios y videos requería de largas y a veces complicadas gestiones. En diciembre de 1948, por ejemplo, Lavín visitó la región con el fin de indagar en los bailes y cantos de los promeseros de la Virgen de Andacollo, ocasión en la que hizo a su amigo una particular petición:

A fines de la semana partimos en MISION FOLKLÓRICA. Llevamos los aparatos para grabar todo lo que encontremos por allá. Voy a ir especialmente a Ovalle a visitar a ANA MARIA LIZARDI hija del famoso chino de Tamaya, Francisco Lizardi Monterrey, que actuó históricamente. Le pensamos grabar a la hija todo lo que podemos.

Calcule Ud. cual sería mi interés que Ud. la preparara un poco antes de nuestra llegada. Uds. tienen todo el tiempo, el prestigio, el dinero, la movilización y los buenos deseos para hacerlo y esta sería una ocasión.

⁵ Lavín se formó en etnografía y folclore en Europa durante las décadas de 1920 y 1930. Regresó a Chile y de inmediato se hizo cargo del Archivo Folklórico que creó la Sección de Música de la Dirección General de Informaciones y Cultura (1943). Posteriormente se incorporó como funcionario a la Facultad de Artes de la Universidad de Chile, cuando fue trasladada a dicha casa de estudios.

[...] Como Ud. va a Ovalle seguido, según me dicen, pásame a ver esta sacerdotisa para preparar el asunto, que Ud. puede contestarme aunque yo ande en viaje, a cargo del Intendente Edmundo Toro. Él me la hace entregar. En Serena es casi seguro que me alojaré en el Grand Hotel. (Lavín, 30 de noviembre de 1948)

Luego de tres semanas, Lavín envió un resumen de las actividades desarrolladas en la región:

Ud. se habrá impuesto por los diarios de los trabajos que empeñé ahí por más de mes y medio. No se me ha quedado lugarejo de la provincia (con excepción de Hurtado) que no recorrí y fotografié y en las tres excursiones se ha recolectado un material imponente de todo orden. Más de cincuenta aires de Andacollo en todas las maneras: flauta, conjunto, voz, acordeón, coros, solos, flautones, tambores; todo el material sonoro listo para, a fines de este año, mandar al cinematografista para que saque en colores tanto en Andacollo como en Sotaquí, pues está listo todo el material. Por todas partes encontré toda clase de facilidades y estoy muy agradecido del concurso de todos. Ahora viene el gran trabajo de ordenar y estudiar el imponente material, al cual ha correspondido Ud. últimamente con tanta oportunidad. (Lavín, 16 de enero de 1949)

En una carta posterior, describió su trabajo de los últimos años:

Partiendo de esta experiencia yo fui dos días en diciembre de 1947 y con la impresión de conjunto, empecé la investigación en toda la provincia, lentamente, con todos los elementos concursantes. He trabajado 76 días en total en este trabajo y creo tener absolutamente todo: fotos estupendas, 60 aires grabados en Ovalle seleccionando los instrumentistas más famosos y castizos, los concursantes y obteniendo todas las versainas, amuletos, chiches, santos, imágenes, libros (tengo el de Santoni) y hay material para tres libros corrientes además de la película que haremos en Diciembre próximo después de haber aparecido el primer libro mío sobre la materia. Todo esto ha sido hecho con grandes sacrificios y sin omitir ningún gasto, para lo cual no solamente anduve a gatas toda la provincia, sino que conseguí la colaboración espontánea de todos los elementos cultos de la región, las autoridades, mis fotos personales y exclusivas, como asimismo las asombrosas grabaciones que se obtuvieron y que se comienzan a anotar y estudiar. Por mi parte, interrogué a más de ochocientas personas y el material obtenido aún no se ha visto. Esperando me encuentre la parte que le corresponde a Ud. de su interesante región que fue la única que se me escapó. Obtuve además del Cacique general la estadística completa y el censo de esas festividades. (Lavín, 11 de marzo de 1949)⁶

⁶ Estos relatos dan luces sobre los procedimientos de las investigaciones en terreno que realizó Carlos Lavín mientras fue funcionario público, caracterizadas por un trabajo integral de registro musical, poético, testimonial, fotográfico y cinematográfico. La celebración y el culto a la Virgen de

En contrapartida, Iribarren solicitó a Lavín información sobre una ocarina de una colección privada cuya «modalidad indígena andina de registros altos» le habría sugerido anteriormente Viggiano. Este detalló también que, si bien el aerófono estaba afinado en Mib, Fa, Fa# y Lab, sus sonidos e intervalos tonales eran peculiares de dicha cultura, señalando incluso que sin duda se trataba «de un fragmento de escala indígena que habrá que establecer» (Viggiano, 26 de agosto 1948).

Iribarren había pedido a Lavín contactarlo inicialmente con Carlos Isamitt o Eugenio Pereira Salas para consultarles sobre la materia. Ello causó la molestia del musicólogo, quien, por sus conocimientos sobre las prácticas indígenas, se consideraba el más indicado para abordarla. Posteriormente, sin embargo, ambos cotejaron información sobre el uso y origen del instrumento, oportunidad en la que Lavín refutó la conjetura de Viggiano:

[...] tengo que advertirle que Ud. ha ido a parar donde los argentinos que tratan las cosas como si fueran relojes de precisión, pero... que no andan. Qué se saca con que el instrumento dé tal o cual sonido, si no es eso lo que puede realizar. Basta ver lo que Ud. asegura para comprender que es un instrumento no genérico (como la quena) y no obedece a otra organografía, que la que le interesa al que lo fabricó para su uso personal, sin poder entrar por ello en el repertorio folklórico de tradición, ya que era algo esencialmente personal. (Lavín, 4 de noviembre de 1948)

A partir de aquello, Iribarren publicó en 1949 su primer estudio sobre el instrumento, describiéndolo y concluyendo que se trataba de una pieza diaguita del período clásico—a este trabajo sumaría posteriormente otros sobre flautas de Pan, silbatos, sonajas y ocarinas hallados en 1957, 1969 y 1971 en el Norte Chico (Grebe, 1974, p. 6)—. Lavín solicitó expresamente que se le enviara la publicación, instando a Iribarren a dialogar acerca de otros instrumentos de origen diaguita pertenecientes a la colección «del doctor Schwen». Aseguró asimismo haber descubierto «música absolutamente diaguita» en sus grabaciones de los cantores y ejecutantes que acudían a Andacollo: «Quedé tieso al encontrarme con la música de nuestros aborígenes la cual ya está grabada y lista para su estudio», le escribió⁷.

Andacollo fue solo una de las fiestas religiosas que investigó; a esta se suma la devoción a las vírgenes de la Candelaria en Atacama y La Tirana en Tarapacá, Nuestra Señora de las Peñas en Livilcar y del Niño Jesús de Sotaquí en Ovalle, todas con dedicados estudios publicados en Santiago como parte de su labor universitaria. Pese al incalculable valor del material recabado, su ubicación exacta no se conoce.

⁷ Nutriéndose de este diálogo, Lavín avanzó en la materia y dio a conocer sus análisis y conclusiones en el estudio «La vidalita argentina y el vidalay chileno», publicado en la *Revista Musical Chilena*.

Iribarren también estableció una colaboración con Oreste Plath (1907-1996)⁸, quien en una de sus cartas le confesó que su editorial le exigía trabajos para un público amplio, menos específicos y, por lo tanto, más amenos –en virtud de los cuales terminaría transformándose en uno de los más fecundos divulgadores de lo que él mismo denominó «la sal y pimienta de la vida popular chilena» (Plath, 23 de junio de 1948)–. Entre sus obras más importantes sobresale *Folclore chileno* (1962)⁹, considerada como uno de los primeros esfuerzos por reunir la amplia colección de expresiones definidas como «folclóricas», enumerándolas según subcategorías temáticas tales como el lenguaje, la religiosidad, la música, los mitos y leyendas, e, incluso, el folclore identificado por los niños.

Jorge Iribarren contribuyó en este libro con trece adivinanzas –casi todas de carácter picaresco–, recopiladas en la zona de Ovalle y Hurtado. Aportó asimismo un registro de los nombres atribuidos popularmente a determinadas acciones, situaciones o características, respecto de los cuales intercambié numerosas cartas con Plath. Este envió un listado de expresiones similares –«frases que muchas veces se convierten en refrán o reflejan exactamente su intención ya con el nombre solo o con nombre y apellido» (Plath, 23 de junio de 1948)–, a lo cual Iribarren respondió lo siguiente:

Las anotaciones tuyas en su mayor parte las he oído en Santiago y también algunas entre el Pueblo de las ciudades de esta provincia, podría decirse que son de uso urbano. Aquí en el campo, Valle de Hurtado, he anotado dos de uso corriente y que podrían pertenecer a ese grupo: Ño Guerra, indicando el acto de posesión de una mujer por la fuerza; y Ña Micaela: le llegó la Micaela [...] por indicar la menstruación. (Iribarren, 29 de junio de 1948)

Junto a esa información, Iribarren escribió a Plath frases y palabras de uso local con sus significados, además de códigos culturales propios de la región –como, por ejemplo, la particular denominación del tamaño de los animales

⁸ Entre las publicaciones de Plath se encuentran más de cincuenta libros y centenares de artículos en periódicos y revistas de circulación nacional como *Zig-Zag* y *En Viaje*, entre muchas otras (<http://www.oresteplath.cl/criticas.html>). En 1946 publicó el libro *Baraja de Chile*, donde expuso sus primeras investigaciones sobre folclore en distintos lugares del país, fruto de sus viajes como trabajador de la Sociedad de Capitanes y Oficiales de la Marina Mercante y de su especialización posterior en investigación folclórica en Brasil y Argentina. La labor editorial fue central dentro de su amplio trabajo.

⁹ Trabajo de índole enciclopédica en el que combinó sus propias indagaciones con las recopiladas en bibliografías y archivos de otros investigadores.

o de las personas¹⁰—. Ante una pregunta sobre el arte culinario, el arqueólogo envió por último información acerca de los dulces que tradicionalmente se producían y vendían en Vicuña, agregando datos sobre la artesanía en masa de azúcar:

En el año en curso, llevé a la sala del folklore del Museo de Historia Nacional, muestras de un arte culinario de Vicuña y El Chañar (deptos. de Elqui y Ovalle). En el primer caso se trata de un grupo de flores, frutas ya adornos hechos en pasta de azúcar y colorados con anilinas vegetales. No se trata de alcorzados como pudiera erróneamente pensarse sino de auténtica masa de azúcar. La segunda muestra donada a ese establecimiento consiste en figuritas de un gran sabor artístico primitivo moldeados en pasta de duraznos desecados. Faltaría a esa enumeración otras figuritas que conocí hace más de veinte años y que también procedían de Elqui. Recuerdo unas ciertas gallinitas hechas de duraznos desecados, pero en tiras que contorneaban las figuras y les daban un aspecto de aves de plumas erizadas (gallinas trintres). He indagado acerca de este arte vernáculo, pero hasta el momento no puedo agregar nada a este recuerdo de tantos años. (Iribarren, 2 de agosto de 1948)

La perspectiva regional

Los contenidos de las cartas a Oreste Plath constituyeron las primeras notas de la investigación de Iribarren acerca del folclore de los pueblos del valle del río Hurtado, que el autor amplió y profundizó posteriormente en sus propias publicaciones.

Su primer estudio al respecto difundido públicamente fue *Usos regionales en las circunstancias del parto y del puerperio*, referido a los pueblos de los valles interiores de Coquimbo —el valle del río Hurtado, fundamentalmente—, el cual envió a la Asociación Folklórica Chilena para integrarse como miembro en 1951. El manuscrito pertenece a las colecciones del MALS, y en él se aprecia el interés del autor por describir los procedimientos y creencias tradicionales en torno al nacimiento y la crianza de los niños. Más que en sus participantes, el texto se centra en las prácticas propiamente tales, aunque contextualiza y explica cada una de ellas a partir de las creencias arraigadas en quienes las ejecutan. Señala, por ejemplo, que en la habitación del parto solo deben estar la comadrona y la parturienta para evitar «mayores dolores

¹⁰ «Los animales se les indica su tamaño con la mano extendida horizontalmente. Las personas con el brazo oblicuo, indicando la dimensión el punto más inferior de la palma de la mano» (Iribarren, 2 de agosto de 1948).

y demoras», y que, para «corregir el frío», la madre debe tomar «bebida de molle hervido», además de lo cual deben aceitársele «las partes pudendas y las caderas». Finalmente, comenta que ha de procurarse un estado de calma y silencio para la madre, pues cualquier alteración –incluso una respiración brusca suya– puede «recoger la vida» –es decir, el cordón umbilical– (Iribarren, 1951?, p. 1).

El escrito sintetiza la sabiduría resguardada por las mujeres que atendían el parto en los hogares campesinos donde aún no llegaba la cobertura de salud estatal. Asimismo, describe las costumbres transmitidas de generación en generación con respecto a la crianza de los niños –entre otras, indicaciones sobre la lactancia (contra demanda del niño y con la espalda de la madre cubierta), el cuidado del cabello de los bebés (cuyo corte constituía un ritual de tránsito etario) y el hábito de envolverlos «severa y firmemente» para desarrollar la firmeza de sus músculos y sus huesos (1951?, pp. 5-6)–. Identificando estas prácticas como tradiciones folclóricas y cuidando, en general, de no emitir juicios ni comentarios valorativos, el manuscrito pone de relieve los roles de género en los pueblos interiores de la región, poco estudiados hasta entonces en el ámbito del folclore. Precisa, por ejemplo, que se asignaba «escasa importancia [...] a la virtud y castidad en la mujer»; que, según la creencia popular, la virginidad desaparecía naturalmente; y que «con la misma naturalidad aumenta la familia sin vinculación de legitimidad, sin que sea impedimento, que una madre cargada de familia de diversa procedencia paterna, contraiga matrimonio» (Iribarren, 1951?, p. 6).

El nacer, el vivir y el morir

Iribarren dio a conocer *Perspectiva folklórica en el medio campesino del Valle de Río Hurtado, Provincia de Coquimbo* –su segundo texto, que conserva actualmente el MALS– en su discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Historia¹¹ en 1964. El escrito fue pionero, pues, si bien Iribarren había sido convocado como cultivador «de las ciencias auxiliares de la Historia, como especialista en [...] Arqueología, Antropología y Etnografía» (Feliú Cruz, 1966, p. 31), prefirió centrar su alocución en el folclore de su provincia, lo que antes solo había ocurrido en 1938 con el texto *Antiguas leyendas españolas* de Francisco Márquez de la Plata (Academia Chilena de la Historia, 1983, p. 23). Enfocando su monografía en un territorio específico, su contribución

¹¹ La Academia Chilena de la Historia fue fundada en 1911.

en este campo de estudios se perfiló poco a poco. A diferencia de su publicación anterior, en este segundo texto el autor amplió al máximo las posibilidades temáticas de las tradiciones culturales de los campesinos, explorando sus dimensiones tanto materiales como inmateriales.

Pese a que las publicaciones de Iribarren no definen explícitamente el folclore, precisan con claridad que el grupo humano estudiado es el de los campesinos de los pueblos, caseríos y fundos de la hoya hidrográfica del río Hurtado (fig. 3). Él mismo señalaba que durante las faenas arqueológicas en terreno pudo departir «bajo el sol y en razón de la geografía del país, las más de las veces, entre las montañas» con trabajadores «de segura herencia y sangre entrecruzada con los más antiguos moradores de la región», quienes le confiaron «el contenido de sus tradiciones y la expresión de sus sentimientos» (Iribarren, 1966, pp. 1-2). Utilizó, además, información levantada por otros investigadores de la región para ampliar su alcance geográfico a sectores colindantes como Vicuña, Elqui y Combarbalá. Entre este material revisten gran importancia



Figura 3. Fotografías tomadas por Jorge Iribarren entre 1966 y 1972 durante sus investigaciones en terreno en la Región de Coquimbo: (a) casa de campo en Combarbalá; (b) alfarera de Punitaqui; (c) huasos en la hacienda Chillepín, valle del Choapa; y (d) campesino de la hacienda El Bosque de Río Hurtado. Museo Arqueológico La Serena, Archivo Fotográfico, Fondo Pioneros de la Arqueología, n.ºs inv. 4-12-254, 4-8-147, 4-15-078 y 4-10-131.

los manuscritos de Isolina Barraza¹² (1903-2008), producto –en palabras de la propia autora– de investigaciones «sencillas» realizadas en los pueblos del valle del Elqui en las décadas de 1940 y 1950 (Barraza, 2 de junio de 1973).

Sobre la base de aquellos documentos y de la publicación enviada quince años antes a la Asociación Folklórica Chilena, Iribarren escribió *Perspectiva folklórica en el medio campesino del Valle de Río Hurtado, Provincia de Coquimbo*, que, en sus palabras, recorría «el nacer, vivir, tal vez proliferar y luego morir» (1966, p. 3) de los habitantes de la mencionada región. Siguiendo dicho hilo conductor, el relato comienza con el parto y la crianza de los niños, abordando luego las labores campesinas y describiendo las características físicas de las viviendas, el vestuario, la lengua, los gestos, las creencias y las supersticiones –definidos por Iribarren como «el mundo espiritual y el mundo mágico»–, y concluyendo con el tratamiento de las enfermedades y los rituales de defunción –el entierro incluido–.

Escrita para ser leída, es una crónica amable que se mueve por generalidades, deteniéndose solo en algunos aspectos. Así, por ejemplo, once de sus treinta páginas describen aspectos materiales de la vivienda –sus habitaciones, el patio, el horno, el gallinero–, caracterizando los tipos de construcción y la expresión en esta no solo de las condiciones físicas del emplazamiento, sino también de las creencias y de la religiosidad popular.

Producto, sin duda, de la experiencia del autor como arqueólogo, el texto contiene sus reflexiones sobre las huellas de los pueblos indígenas en los suelos y subsuelos de la región. Pese a que los estudios del folclore de la época aún discutían dicho legado¹³, Iribarren insistió en buscarlo en la cultura campesina de la zona. Se aventuró a señalar, por ejemplo, que por su planta cuadrangular «unihabitacional» semejante a la de los tambos o tambillos¹⁴ construidos en la zona del Camino del Inca, los ranchos con muro de piedra podían perfectamente ser considerados herencia indígena –tal como la piedra cóncava para triturar semillas, granos y hierbas en la cocina, de usanza prehispánica– (Iribarren, 1966, pp. 13 y 17).

¹² Reconocida conservadora del patrimonio de Gabriela Mistral. Reunió un amplio archivo de fotografías, recortes de prensa, crónicas, libros y cartas relativas a la vida y obra de la poetisa, hoy depositado en la biblioteca del Museo de Vicuña (Elqui Global, 9 de abril de 2018).

¹³ El insigne historiador Eugenio Pereira Salas, por ejemplo, señalaba enfáticamente que el cancionero criollo había descartado la influencia indígena y que «la tradición aborígena ha corrido paralela» a este último, «manteniéndose en un hermetismo religioso de misterio y cofradía» (Pereira Salas, 1941, p. 170).

¹⁴ El autor precisa que ambas expresiones –«tambo» y «tambillo»– dan nombre a villorios del departamento de Coquimbo.

Sin detallarlas ni compararlas con costumbres de otros lugares, el escrito menciona prácticas específicas de la región que, según el autor, podían configurar un folclore local —por ejemplo, en el ámbito agrícola, «la pela» de la fruta seca y la siembra de «porotos a pitón»—. Se detiene igualmente en la artesanía con pasta de durazno, que pocos cultivaban en los valles de Elqui y río Hurtado:

Para la factura de estas figurillas se elegía en especial duraznos dulces y de carne amarilla. No albérrigos, que tienen un corazón rojo y cuya presencia de color desvirtuaría la limpidez de las piezas. Los duraznos una vez mondados, se cortaban en tiras gruesas y se ponían al sol. Una vez secas se repasaban en la «piedra de moler» agregándoles un pequeño rocío para dar plasticidad a la pasta y poderle amasar. Esa pulpa en las manos de doña Clarisa iba tomando la forma definitiva de las figurillas: gallinitas en sus nidos, nidos de huevos, ramos de flores, cántaros con frutas, perritos con una cesta en el hocico, pollos y frutas. (Iribarren, 1966, p. 22)

Aunque no le concede un apartado especial, el texto se refiere por último a la importancia de la Virgen de Andacollo. Al respecto, observa la recurrencia de su imagen en los hogares o el hecho de que, pese a sus escasas movilizaciones, los habitantes de los pueblos se congregasen en torno a su santuario como peregrinos, promesantes y aun «chinos» (Iribarren, 1966, p. 23).

El escrito fue leído y elogiado personalmente por María Bichón, investigadora de la artesanía tradicional y funcionaria del Museo Histórico Nacional, quien señaló a Iribarren la urgencia de ampliar el estudio:

Le sugiero que procure darse tiempo para recoger el Folklore oral de Valle Hurtado y completar su magnífico trabajo que presentó a la Academia Chilena de la Historia. Es necesario recoger el lenguaje de esa región, sus cuentos, [...] cantos de velorio, juegos infantiles [...] estudiar las técnicas empleadas por los artistas populares, describir sus herramientas y nadie como Ud. podrá hacerlo mejor.

Solamente quien ha trabajado junto a las gentes que cultivan junto con la tierra, esas bellas artes ingenuas, pero no carentes de belleza, son capaces de entregar al público ese mensaje de los hombres que labran la «madre tierra». Para ser un auténtico investigador del Folklore hay que amar al hombre del pueblo y entenderlo en la diaria faena en que convive con él. Su vida de esfuerzo le da sobrada autoridad para realizar esa obra que se perderá antes de lo que pueda imaginar.

Hoy el pueblo habla de «operación sitios», «operación promoción popular», etc., en las poblaciones donde los han llevado hay televisión y teléfono, a diario se oyen en la Radio lo que solicitan sus dirigentes. Por cierto que todo esto hará olvidar la noble tradición de sus abuelos y pensarán que no es digno cultivar el folklore.

En sus manos está el salvar la tradición de Valle Hurtado. (Bichón, 20 de mayo de 1966)

Folklore. Valle del Río Hurtado

Seguramente alentado por estas palabras, Iribarren cerró en 1972 el ciclo de publicaciones sobre la materia con el libro *Folklore. Valle del Río Hurtado* (fig. 4), editado por el MALS. Sin explorar conceptualmente la cultura de la región, el documento reúne transcripciones, breves análisis de algunos

mitos y leyendas, y compilaciones de cuentos, adivinanzas, poesía popular y música –contenido en muchos casos inédito–.

A diferencia del manuscrito sobre «el nacer, vivir, tal vez proliferar y luego morir», de carácter más bien narrativo, este libro se aproxima a lo enciclopédico. Tal como en dicha crónica, sin embargo, recurre a archivos y recopilaciones de Isolina Barraza en el valle del río Elqui. Incluye, además, material reunido por el mismo Iribarren en los poblados de El Bosque, El Chañar y Las Breas del valle de río Hurtado, así como manuscritos elaborados por profesores de distintos pueblos de la provincia de Coquimbo a petición de Máximo Mera, director provincial de Educación¹⁵.

Folklore. Valle del Río Hurtado no se hace cargo del afán por reco-

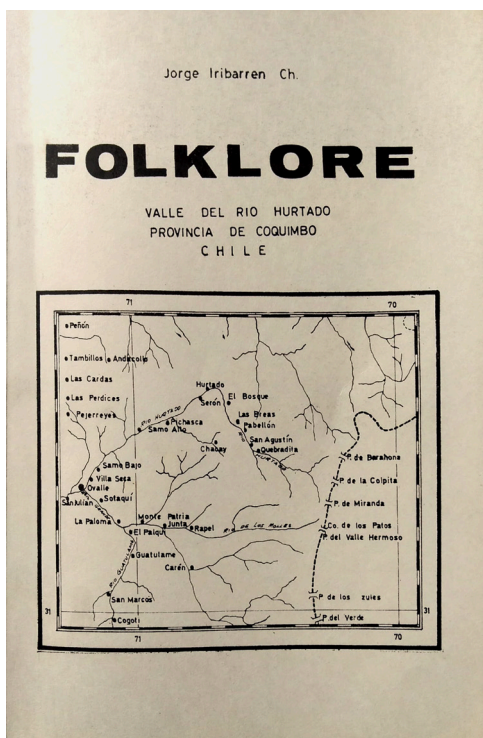


Figura 4. Portada de *Folklore. Valle del río Hurtado* (1972), obra que reúne las tradiciones de la cultura campesina local recopiladas por Jorge Iribarren a partir de sus investigaciones en terreno y de la colaboración de diversos informantes.

¹⁵ Según Gastón Castillo, Mera solicitó en marzo de 1954 monografías a los directores y profesores de escuelas primarias de Villa Seca, Tranque Recoleta, Tabaqueros, Samo Alto, Pichasca y Las Breas, entre otros pueblos de la provincia. Los textos incorporan contenidos sobre historia y tradición popular, y abundan en ellos «descripciones de entierros, brujos, matutines, cuentos, adivinanzas, carreras a la chilena, fiestas religiosas y criollas [...], las populares tradiciones sobre la viuda, la llorona, la cuca o calchona, el huecubo, el basilisco y el piuchén [...], bailes como el cañaveral, la jerigonza y la zamacueca» (Castillo, 1994, p. 134). Castillo señala también que dichos manuscritos fueron encontrados «35 años más tarde» por un auxiliar del MALS en una caja con informes «que abarcan desde La Higuera hasta Quilimarí» (Castillo, 1994, p. 134).

pilar que en su época suscitaba la preocupación por la pérdida de tradiciones. Aun así, el grueso de la obra consiste en una amplia colección de expresiones populares cuya vigencia no se precisa, pues, como se ha señalado, muchas de sus fuentes provienen de décadas anteriores. El material se divide en categorías como lenguaje y gestos (palabras locales de raíz indígena, modismos, refranes, «motes»¹⁶); recetario medicinal y creencias en torno a las enfermedades; fiestas religiosas; el «mundo mágico» (supersticiones, mitos, leyendas, vaticinios, animitas) y recreación. La publicación comienza con la descripción de lo que el autor denominaba «folklore material», como la vivienda campesina, las herramientas de labranza y el apero de huaso. Con el fin de que el lector se interiorice en las comunidades de los pueblos colindantes con el río Hurtado y con los valles aledaños, entrega además pormenores del contexto social estudiado, incluyendo los nombres y datos biográficos de los informantes —entre ellos, Rogelio Vega Guerrero, Abel Torres (Hurtado), hermanos Azola (El Tambo), Guillermo Rojas (Pichasca), Pedro Alfaro (Las Breas) en el rubro de los artesanos; Tomasa Guerrero (Maitenes), Mercedes Rojas (Maitenes), Rosa Torres (Los Lavaderos), Rosa Rodríguez (Turquía), Juana Santander y María Salomé Rojas entre las alfareras; Abel Torres Cuéllar (El Chañar) y Segundo Cortés, como narradores; e Isidora Contreras (El Chañar) y Sofía González (El Bosque), las cantoras (fig. 5)—.

Se destaca la compilación de leyendas propias de Montepatria, Elqui, Vicuña y Ovalle, entre otros pueblos, y la transcripción de 116 cuecas, provenientes en su mayoría de la colección de Isolina Barraza y fechadas muchas de ellas en 1945; estas últimas constituyen un material riquísimo para estudiar tanto la expansión territorial de los versos populares como su apropiación en cada zona. Solo por mencionar algunos ejemplos, la cueca 41 —«Pañuelo blanco me diste»— fue registrada en 1953 por Antonio Acevedo Hernández, quien señala haberla extraído de un pliego de poesía popular publicado por José Hipólito Casas Cordero a comienzos del siglo xx. Acevedo también registró la cueca «Las hojas de los naranjos» —la número 90 del libro—, que Margot Loyola recopiló en 1967 en Matilla e incluyó en su disco *Recorriendo Chile* (1974). Asimismo, las cuecas «Qué bonito en La Serena» y «Estando con llave el pecho» —números 11 y 69, respectivamente— forman parte del libro *Biografía de la cueca* de Pablo Garrido, publicado en 1943. Finalmente, la cueca número 63 —«Miren cómo corre el agua»— fue incluida en el disco *Chants et Danses du Chili* de 1956 grabado por Violeta Parra, quien recogió

¹⁶ Se refiere al uso de nombres y apellidos para denominar una acción o un adjetivo.

además la cueca 65 –«Tus ojos morenos vi», grabada en 1999 por Gabriela Pizarro– durante los años ‘50 en la Región del Maule.

Exhibiendo el trabajo de recopilación, edición y publicación de Jorge Iribarren sobre el folclore, los documentos anteriormente comentados constituyen un aporte fundamental a la construcción de la memoria social y cultural de la provincia. Complementan asimismo su labor de investigación y reconstrucción de las costumbres de los pueblos prehispánicos de la zona, así como el legado de estos en las formas culturales contemporáneas.

Con todo, ninguno de estos escritos detalla la noción de «folclore» de Iribarren, ni da cuenta de la comprensión teórico-metodológica subyacente a su estudio. Del archivo personal del autor, solo el comienzo de su manuscrito *Breve historia del folklore* (s. f.), conservado en el MALS, ofrece antecedentes sobre la materia, explicando que la expresión «folklore»



Figura 5. Campesinas entrevistadas por Jorge Iribarren en el curso de sus indagaciones en localidades rurales de la Región de Coquimbo. Fuente: Iribarren (1966, p. 45).

aparece por primera vez impresa en un artículo de la revista *Ateneum* de Londres el 22 de agosto de 1846. El autor, un arqueólogo Williams John Thoms¹⁷ (1803-1885) intentó con esta expresión despertar la preocupación por la recolección de los materiales de la antigua literatura popular. (Iribarren, s. f.)

Acerca de investigadores posteriores que ampliaron la definición de la disciplina, evoca la obra de Arnold Von Gennep¹⁸ (1873-1957), orientada hacia «nuevos fenómenos» como «el culto de los santos, la vida del hogar y de la aldea, los utensilios domésticos, etc.» (Iribarren, s. f.). Al respecto, se detiene en las definiciones de Julio Viggiano, quien califica lo material como parte del «folklore espacial», incluyendo «como materias propias y adecuadas a la investigación folklórica: la arquitectura, vivienda, transportes, caminos, enseres, artesanía: alfarería, cerámica, tejidos, cesterías, trenzados, metalistería, orfebrería, coreografía, juegos, diversiones, etc.» (Iribarren, s. f.).

Considerando que Iribarren dedicó especial atención a registrar, describir y explicar los usos «materiales» de los campesinos del valle del río Hurtado, resulta lógico pensar que su propósito en el mencionado manuscrito era situar sus propias publicaciones dentro del marco teórico conceptual de lo folclórico. El texto manifiesta también su preocupación por el lugar del estudio del folclore entre otras disciplinas de investigación de la cultura. Como ya se ha dicho, se trata de una reflexión escasamente expresada por los expertos chilenos de la época, pocos de los cuales publicaron el contexto y marco conceptual de sus investigaciones calificadas como folclóricas. A diferencia de ellos, Iribarren sí intentó delimitarlas y distinguirlas respecto de disciplinas como la historia y la etnografía, para lo cual utilizó las ideas del estadounidense Ralph S. Boggs¹⁹ (1902-1904), según el cual el folclore investigaba esencialmente los «motivos folklóricos», mientras que la historia y la etnografía se centraban en las personas. De sus planteamientos, Iribarren destaca la siguiente cita:

¹⁷ Según Juan José Prat (2008), William John Thoms era un «publicista y anticuario», y su propuesta disciplinar era la síntesis de dos conceptos de origen sajón: «el de producto expresado en el *lexema lore*, y el de productor contenido en *folk*» (Prat, 2008, p. 106). El término «tuvo éxito y muy pronto se extendió no sólo por el mundo anglosajón sino también entre los estudiosos de la cultura popular de toda Europa, a pesar de las reticencias que hubo en varios países para adoptar una palabra extranjera y las propuestas de otros términos basados en el griego o el latín» (Prat, 2008, p. 106).

¹⁸ El antropólogo francés Van Gennep ha sido reconocido como uno de los primeros investigadores que implementó un método científico en los estudios del folclore y considerado, incluso, como uno de los precursores de los estudios estructurales, utilizando los métodos comparativo y contextual en sus indagaciones. Ver Prat (2008).

¹⁹ Sus estudios sobre el cancionero iberoamericano influyeron en los investigadores de la península y de América Latina (Prat, 2008, p. 249).

[...] el Folklore si bien es cierto que fundamenta sus conocimientos en la tradición y en la supervivencia de los hechos, además que como ciencia investiga el estado actual viviente de una determinada sociedad o conglomerado humano, no es una ciencia fundamentalmente histórica ni tampoco antropológica.

Difiere de ambas en cuanto a los métodos, al sujeto y el espacio señalando esas limitaciones el hecho mismo que «el etnólogo piensa ante todo en tal o cual tribu y en pueblos que representan tal o cual etapa de cultura. El folklorólogo piensa en primer término en tal cual cuento, adivinanza, etc. y en las variantes de tal o cual motivo folklórico, donde quiera que se encuentre, y no importa en la etapa básica de su investigación. Boggs, Ralph (1948) Lo «Primitivo» y lo material en el folclore» Revista del Instituto Nacional de la Tradición, entrega 1, pp. 30-38, Buenos Aires. (Iribarren, s. f.)

Todo ello lleva a concluir que, pese a no incorporarlo en sus publicaciones, Iribarren habría intentado definir el marco conceptual de sus indagaciones. No obstante la tendencia del período, es incluso posible aseverar que sus planteamientos estaban muy cerca de las propuestas teóricas paralelas de Manuel Dannemann²⁰, quien logró articular un corpus conceptual para centrar los estudios en los «hechos folklóricos» más que en los grupos humanos –la alternativa para delimitar espacial y temporalmente sus investigaciones (1998)–.

Conclusiones

A partir del análisis de la correspondencia conservada por el MALS, este artículo ha intentado demostrar que Jorge Iribarren Charlín se insertó en el circuito nacional de investigadores del folclore, contribuyendo con sus recopilaciones locales a la configuración del «folclore chileno». Con ese fin, se ha explorado su relación con Carlos Lavín y Oreste Plath, quienes –pese a sus diferentes áreas temáticas, metodologías y maneras de difundir sus investigaciones– tenían en común el entusiasmo por la reconstrucción del folclore de Chile desde una perspectiva nacional. Ambos hicieron magnos intentos por encontrar las costumbres y formas culturales más representativas de cada provincia, con lo cual establecieron un canon que se consolidó precisamente en las décadas exploradas en este texto. Para ello fue fundamental el aporte de las indagaciones locales, que, como se ha podido apreciar, no siempre fueron organizadas desde Santiago.

Por otro lado, el caso de Iribarren refuerza la idea de que pocos investigadores de los años '50 y '60 publicaron sus reflexiones conceptuales en torno a

²⁰ Dannemann fue uno de los pocos expertos chilenos que continuó durante los años '70 y los '80 investigando sobre la materia en el espacio universitario.

la disciplina, para cuyo conocimiento, por lo tanto, parece necesario explorar sus archivos personales. Reafirma también las nociones de que los estudiosos del folclore eran, por lo general, investigadores formados en otras áreas y de que el proceso de institucionalización desarrollado a partir de 1943 se concentró en la ciudad de Santiago, sin extenderse al campo académico del resto del país. La falta de investigadores profesionales del folclore debilitó asimismo las opciones de un debate teórico-conceptual –aunque, como demuestra la Asociación Folklórica Chilena, propició la ampliación y diversificación del circuito de estudiosos–.

Finalmente, cabe destacar que los estudios del arqueólogo Jorge Iribarren vinculados al folclore se desplegaron bajo matrices conceptuales especificadas en sus apuntes. Estas posibilitaron el levantamiento de un fondo documental riquísimo para comprender las formas culturales del campesinado del siglo xx en las provincias de Elqui y Limarí en la actual Región de Coquimbo. Desde esta perspectiva, los documentos, cartas y cuadernos de terreno del arqueólogo representan una fuente aún escasamente utilizada, pero invaluable para los estudios socioculturales de las comunidades locales.

Referencias

- Alegría, L. (2004). Museos y campo cultural. Patrimonio indígena en el Museo de Etnología y Antropología de Chile. *Conserva*, (8), 57-70. Recuperado de http://www.patrimoniocultural.gob.cl/dinamicas/DocAdjunto_628.pdf
- Ampuero, G. (1977-1978). Notas para el estudio de la cultura diaguita chilena. *Boletín Museo Arqueológico de La Serena*, (16), 111-124. Recuperado de https://www.museoarqueologicolaserena.gob.cl/632/articulos-82868_archivo_01.pdf
- Ampuero, G. (2017). *Venturas y desventuras con el patrimonio cultural*. La Serena: Editorial Universidad de La Serena.
- Asociación Folklórica Chilena. (8 de julio de 1953). [Carta a Jorge Iribarren]. Museo Arqueológico de La Serena.
- Ayala, T. (2013). El discurso académico de los años '50: su vigencia y cambio. *Revista Chilena de Literatura*, (84). Recuperado de https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?pid=S0718-22952013000200006&script=sci_arttext&tlng=en
- Barraza, I. (2 de junio de 1973). [Carta a Jorge Iribarren]. Museo Arqueológico de La Serena.

- Bichón, M. (1 de agosto de 1951). *[Carta a Jorge Iribarren]*. Museo Arqueológico de La Serena.
- Bichón, M. (20 de mayo de 1966). *[Carta a Jorge Iribarren]*. Museo Arqueológico de La Serena.
- Cáceres, J. (2000). Los aportes a la cultura tradicional de la Universidad de Chile. *Libro de oro. Ponencias del 4° Congreso Binacional de Folklore Chileno y Argentino*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Castillo, G. (1994). Entre arados, coyundas y manceras: Jorge Iribarren y el folclor del Río Hurtado. En *Río Hurtado. Historia y tradición*. Ovalle: Museo del Limarí - Dibam.
- Castillo, G. (2019). Travesía en tierras de secano: crónica de un viaje según apuntes de Hans Niemeyer Fernández. *El Chasqui. Noticiario Mensual Colectivo de Estudios Históricos de la Región de Coquimbo*, (5). Recuperado de https://www.academia.edu/41145810/Noticiario_Mensual_Colectivo_de_Estudios_Hist%C3%B3ricos_de_la_Regi%C3%B3n_de_Coquimbo_El_Chasqui_5
- Dannemann, M. (1960). Los estudios folklóricos en nuestros ciento cincuenta años de vida independiente. *Anales de la Universidad de Chile*, (120), 203-217.
- Dannemann, M. (1998). *Enciclopedia del folclore de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Devés, E. (2007). *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*. Santiago: Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile.
- Donoso, K. y Tapia, C. (2017). (De)construyendo el folclor: historia de su conceptualización en la academia universitaria chilena durante el siglo xx. *Mapocho. Revista de Humanidades*, (82), 130-160.
- Feliú Cruz, G. (1966). Discurso de recepción del académico don Jorge Iribarren Charlín. *Contribuciones Arqueológicas*, (6), 30-44.
- Grebe, M. E. (1974). Instrumentos musicales precolombinos de Chile. *Revista Musical Chilena*, 28(128), 5-55. Recuperado de <https://revistamusical-chilena.uchile.cl/index.php/RMCH/article/view/11966/12326>
- Iribarren, J. (S. f.). Breve historia del folclore [documento mecanografiado]. En *Apuntes Folklore. Tomo 1*. Museo Arqueológico de La Serena.
- Iribarren, J. (1947). Los petroglifos del Valle del Río Hurtado. *Boletín Sociedad Arqueológica de La Serena*, (3), 1-3. Recuperado de https://www.museoarqueologicolaserena.gob.cl/632/articles-82820_archivo_01.pdf

- Iribarren, J. (29 de junio de 1948). *[Carta a Oreste Plath]*. Museo Arqueológico de La Serena.
- Iribarren, J. (2 de agosto de 1948). *[Carta a Oreste Plath]*. Museo Arqueológico de La Serena.
- Iribarren, J. (1950). Notas preliminares sobre la dispersión continental de un adorno del labio en los pueblos aborígenes, el bezote, labret o tembetá. Ovalle: s. n.
- Iribarren, J. (1951?). El parto y el puerperio [documento mecanografiado]. Museo Arqueológico de La Serena.
- Iribarren, J. (1957). La flauta de Pan y otros instrumentos indígenas. *Publicaciones del Museo y de la Sociedad Arqueológica de La Serena*, (9), 12-21. Recuperado de https://www.museoarqueologicolaserena.gob.cl/632/articles-82845_archivo_01.pdf
- Iribarren, J. (1966). Perspectiva folklórica en el medio campesino del Valle de Río Hurtado, Provincia de Coquimbo. Discurso Académico. *Contribuciones Arqueológicas*, (6), 1-30. Recuperado de https://www.museoarqueologicolaserena.gob.cl/632/articles-96624_archivo_01.pdf
- Iribarren, J. (1969). Informe sobre investigaciones arqueológicas realizadas por el Museo Arqueológico de la Serena en el Área de Coquimbo-Atacama entre 1967-1969. En *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología 16-20 de octubre 1969* (pp. 467-470). Museo Arqueológico de La Serena. Recuperado de https://scha.cl/wp-content/uploads/2019/02/Actas_del_VCongreso_Nacional_de_Arqueologia.pdf
- Iribarren, J. (1972). *Folklore. Valle del Río Hurtado. Provincia de Coquimbo. Chile*. La Serena: Museo Arqueológico de La Serena. Recuperado de https://www.museoarqueologicolaserena.gob.cl/632/articles-97234_archivo_01.pdf
- Iribarren, J. (1977-1978). Discurso pronunciado por don Jorge Iribarren Charlín en las Jornadas Arqueológicas celebradas en el Museo de la Serena el 31 de octubre de 1976. *Boletín Museo Arqueológico de La Serena*, (16), 11-12. Recuperado de https://www.museoarqueologicolaserena.gob.cl/632/articles-82868_archivo_01.pdf
- Hyslop, J. (1977-1978). Jorge Iribarren Charlín y el estudio del camino incaico. *Boletín Museo Arqueológico de La Serena*, (16), 107-110. Recuperado de https://www.museoarqueologicolaserena.gob.cl/632/articles-82868_archivo_01.pdf
- Lavín, C. (4 de noviembre de 1948). *[Carta a Jorge Iribarren]*. Museo Arqueológico de La Serena.

- Lavín, C. (30 de noviembre de 1948). [*Carta a Jorge Iribarren*]. Museo Arqueológico de La Serena.
- Lavín, C. (16 de enero de 1949). [*Carta a Jorge Iribarren*]. Museo Arqueológico de La Serena.
- Lavín, C. (11 de marzo de 1949). [*Carta a Jorge Iribarren*]. Museo Arqueológico de La Serena.
- Lenz, R. (1909). *Programa de la Sociedad de Folklore Chileno*. Santiago: Imprenta y Encuadernación Lourdes.
- Mostny, G. (1977). Jorge Raúl Iribarren Charlín (1908-1977). *Noticiero Mensual del Museo Nacional de Historia Natural*, (245-246), 3. Recuperado de http://publicaciones.mnhn.gob.cl/668/articles-66329_archivo_01.pdf
- Kelly, P. (2017). San Pedro Viejo de Pichasca: síntesis y discusiones. Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación, Dibam. Recuperado de <http://www.museoarqueologicolaserena.cl/632/w3-article-81190.html>
- Pereira Salas, E. (1941). *Los orígenes del arte musical en Chile*. Santiago: Imprenta Universitaria.
- Pereira Salas, E. (1952). *Guía bibliográfica para el estudio del folclore chileno*. Santiago: Instituto de Investigaciones Musicales Universidad de Chile
- Pernet, A. (2004). The popular fronts and folklore: Chilean cultural institutions, nationalism and pan-americanism, 1936-1948. En InKönig, H.-J. y Rinke, S. (eds.), *The Norte-Americanización of Latin America?* (pp. 253-277). Stuttgart: Heinz. Recuperado de <https://www.alexandria.unisg.ch/publications/60872>.
- Plath, O. (23 de junio de 1948). [*Carta a Jorge Iribarren*]. Museo Arqueológico de La Serena.
- Prat, J. (2008). *Bajo el árbol del paraíso. Historia de los estudios sobre el folclore y sus paradigmas*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Spencer, C., Contreras, A., Rammsy, G. (2019). Historia, producción y continuidad de la Sociedad de Folklore Chileno (1909-2008). *Recial*, X(16). Recuperado de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/recial/article/view/27016/28664>
- Vega, C. (1944). *Panorama de la música popular argentina, con un ensayo sobre la ciencia del folclore*. Santiago: Losada.
- Viggiano, J. (26 de agosto de 1948). [*Carta a Jorge Iribarren*]. Museo Arqueológico de La Serena.
- Viggiano, J. (29 de agosto de 1948). [*Carta a Jorge Iribarren*]. Museo Arqueológico de La Serena.